

la cita. Había pedido aquel carruaje la víspera, á fin recuerdos que llenan esa inmensa campiña sembrado, y el Marqués había respondido evocando algunos de engañar las sospechas de su mujer, con la apariencia de una salida matinal, que era cosa habitual al sitio de la cita en el clásico landó. Cerca del cirguaban su cuidado de minuciosas enseñanzas, la en él. Había olvidado dar contraorden, y esta casualidad hizo que escapase á dos policías encargados de vigilar el palacio Doria, en virtud de la denuncia de Lidia Maitland. La victoria de alquiler que tomaron los agentes, perdió bien pronto de vista la huella del fogoso caballo inglés, conducido, como podía esperarse á Florent.—¿Cómo quiere usted que se apunte bien después de haber fatigado el brazo de ese modo?

Era ésta la única alusión que entre los tres se había hecho al duelo durante el trayecto, que duró cer mayor parte capaces de ser utilizadas para su cuñá á buscarle Montfanón y Dorsenne para acompañarle co de Maxence, en la vía Apia, habían sido adelantados por el faetón de Boleslas.

—Puede usted estar tranquilo—había dicho Montpues, la precaución de la hermana de Florent no retraba en la situación moral de Boleslas. Por este lado, pues para evitar toda explicación con Lincoln, había tomado el partido, bajo pretexto de una visita al camse, de un hombre de aquel carácter, y que se encontultó, como tampoco en lo que al último se refería, po, de ir á la fonda á comer y á dormir. Allí fueron ca de una hora. Florent había hablado, como de costumbre, dirigiendo preguntas detalladas que atesti-

da de tumbas, de acueductos ruinosos, de villas lo mismo, encerradas en la admirable línea de los Montes Albanos. Dorsenne había permanecido silencioso. Era el primer asunto de aquella índole á que asistía, y su angustia nerviosa era extraordinaria. Presentimientos trágicos le oprimían el corazón, y al mismo tiempo él temía que de momento en momento los escrúpulos religiosos de Montfanón se despertaran, y que fuera preciso buscar otro testigo y remitir la solución de aquel asunto para otra ocasión. Sin embargo, la lucha que se libraba en el corazón del "viejo conjurado" entre el caballero y el cristiano, no se trajo, durante el camino, más que por un gesto casi imperceptible. En el momento en que el carruaje pasó ante la entrada de las catacumbas de San Calixto, el antiguo soldado del Papa había vuelto la cabeza. Después reanudó la conversación con una extraordinaria verbosidad, para callarse de nuevo cuando el landó tomó, un poco después de la Tumba de Cecilia, un camino transversal en dirección á la vía Ardeatine. Allí se encontraba la "Osteria del tempo perso," construída sobre el terreno de propiedad de Cibo, donde el combate debía celebrarse. Ante aquella casucha, cuyo letrero tenía encima el blasón del Papa Inocencio VIII, tres carruajes esperaban ya: el faetón de Gorka, un landó que había conducido á Cibo, Pietrapertosa y el médico, y una sencilla "botte," en la que había ido un cargador. Esta insólita reunión de vehículos podía proporcionar el riesgo de llamar la atención de los carabineros; pero Cibo garantizaba la discreción del posadero, el cual, en efecto, tenía por su señor esa obediencia de vasallo aún peculiar

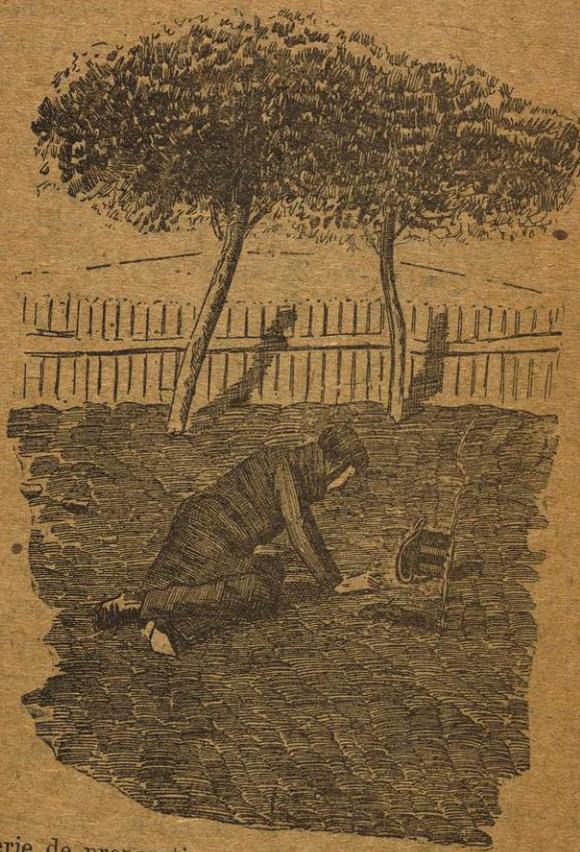
en Italia. Así, los tres recién llegados no tuvieron que dar la menor explicación. Apenas bajaron del carruaje, la moza de servicio les condujo al través de la sala común, en la que en aquel momento se encontraban dos cazadores almorzando, con sus fusiles entre las piernas, y que, como verdaderos romanos, apenas se dignaron mirar á los que entraban. Pasaron éstos á un patiecillo, y después á un vasto cercado cerrado con vallas y plantado de algunos pinos. Este sitio había servido en otra época para la yeguada de Cibo, que había procurado aumentar sus exiguas rentas comprando á buen precio caballos destinados á ser engordados en el reposo, y vendidos después á los cocheros de punto, mediante un corto beneficio. No habiendo resultado la especulación, el sitio quedó inculto y desocupado, salvo circunstancias parecidas á la de aquella mañana.

—Hemos llegado los últimos—dijo Montfanón mirando su reloj.—Sin embargo, faltan cinco minutos. No olvide usted—añadió en voz baja á Florent—colocar el cuerpo de forma que presente menos blanco. Después de haber tirado, el antebrazo replegado en seguida en línea alta.

—Gracias—respondió Florent, que miró al Marqués y á Dorsenne con ojos que de ordinario no tenía más que para Lincoln,—y saben ustedes que suceda lo que quiera, les doy las gracias desde el fondo del corazón.

El joven puso tanta afabilidad en esta despedida, su valor era tan sencillo, su sacrificio por su cuñado tan magnánimo y natural; en fin, en aquellos dos días los dos testigos habían podido apreciar tan bien el

encanto de aquella admirable naturaleza desprovista de egoísmo, que le estrecharon la mano con la emoción de verdaderos amigos. Dedicáronse en seguida á



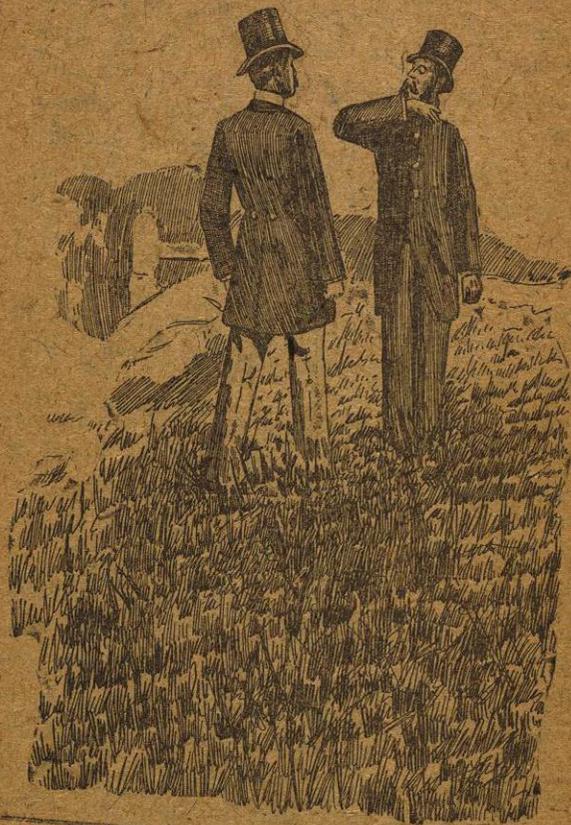
la serie de preparativos necesarios, sin los que el papel de espectadores sería teóricamente insoportable á las personas dotadas de alguna sensibilidad. Entre gentes experimentadas, como lo eran Montfanón, Ci-

bo y Pietrapertosa, estos preliminares se arreglan pronto. El código es preciso como la marcha de una bala. Veinte minutos después de la llegada de los últimos, los dos adversarios estaban frente á frente. Se dió la señal... Los dos tiros salieron simultáneamente y Florent cayó sobre la yerba que tapizaba el cercado. Tenía un balazo en la pierna. Dorsenne ha referido á menudo, como rasgo singular de la manía literaria, que en el momento en que el herido caía, á pesar de su ansiedad, había mirado á Montfanón para estudiarle, y añade que nunca ha visto rostro que expresase más compasión dolorosa que el de aquel hombre, que desdeñando todo respeto humano, hacía en aquel momento la señal de la cruz. Era el devoto de las catacumbas, que había dejado el altar de los mártires para cumplir una obra de caridad, arrebatado después por la cólera hasta verse en la necesidad de asistir á un duelo, y que sin duda pedía perdón á Dios. ¿Qué remordimientos se agitaban en el corazón de aquel cristiano ferviente, casi místico, y tan extrañamente mezclado á una aventura que había tenido un fin sangriento? Tuvo al menos el consuelo de que después de un primer examen, y cuando se hubo transportado á Florent á una habitación preparada para el caso por los cuidados de Cibo, el médico declaró que respondía del herido. La bala podría extraerse con facilidad, y como ni los huesos ni los músculos esenciales estaban lesionados, era cuestión de algunas semanas todo lo más.

—No resta—concluyó Cibo, que había traído esta noticia—más que redactar nuestra acta.

En aquel momento, y como los testigos se prepara-

sen á volver á la casa para cumplir con esta última formalidad, promoviése un inesperado incidente, que debía transformar aquel encuentro, hasta entonces



vulgar, en uno de esos memorables duelos de los que se habla indefinidamente ante las chimeneas de los casinos y en las salas de armas. Si Pietrapertosa y Cibo no cesaron desde aquella mañana de creer en la

“jettatura” de “alguno” al que ni el uno ni el otro habían nombrado, preciso es convenir en que fueron muy injustos, pues la dicha de haber ganado con qué engrosar su bolsa parisiense, no era nada al lado de esta otra: tener que discutir con los Casal, los Machault y demás maestros, el caso casi único en que se encontraron mezclados. Boleslas Gorka, que una vez caído su adversario se había paseado á lo largo del cercado, sin parecer cuidarse de la mayor ó menor gravedad del herido, avanzó de repente hacia el grupo formado por los cuatro hombres, y con un tono que no permitía presagiar la terrible agresión á la que se iba á entregar:

—Un momento, señores—dijo.—Desearía decir en presencia de ustedes algunas palabras al señor Dorsenne.

—Estoy á la disposición de usted, Gorka—dijo Julián, que no estaba seguro de la intención hostil de antiguo amigo. No adivinaba la forma que iba á tomar esta hostilidad, pero tenía siempre sobre su conciencia su palabra de honor, falsamente dada.

—No será largo, caballero—respondió Boleslas siempre con la misma política insolentemente ceremoniosa.—Sabe usted que tenemos una cuenta que arreglar. Pero como tengo algún motivo para no creer en la validez del honor de usted, desearía evitar todo pretexto de huida.—Y antes de que nadie pudiera oponerse á aquel inaudito proceder, levantó su guante y golpeó á Dorsenne en el rostro. Mientras Gorka hablaba, el escritor había palidecido intensamente. No tuvo tiempo para responder al ultraje atroz que acababa de recibir con otro semejante, pues

los tres espectadores de esta escena se habían interpuesto entre él y su agresor.

—Tengan ustedes cuidado—dijo.—Impidiéndome imponer al señor Gorka el correctivo que merece, me obligan á obtener otra reparación. Y la quiero inmediatamente. No abandonaré este sitio sin haberla obtenido.

—Y yo sin habérsela dado á usted—respondió Boleslas.—Es todo lo que pido.

—No, Dorsenne—exclamó Montfanón, que había sido el primero que sujetó el brazo ya levantado del escritor.—No se batirá usted de ese modo. No tienen ustedes derecho, en primer lugar. Es preciso que al menos pasen veinticuatro horas entre el hecho causa del duelo, y el duelo mismo. Y ustedes, señores, no aceptarán servir de testigos al señor Gorka, después que él acaba de faltar de una manera tan grave á todas las reglas de estos casos. Si ustedes se prestan á esto, es que quieren ustedes la barbarie, la locura. No es un duelo.

Repito á usted, Montfanón—dijo Dorsenne,—que no me iré de aquí, que no dejaré salir al señor Gorka, antes de obtener la reparación á que tengo derecho en el acto.

Y yo repito que estoy á las órdenes del señor Dorsenne, en el acto también—respondió Boleslas.

—Muy bien, caballeros—dijo Montfanón.—No nos queda más que dejarles á ustedes que arreglen el asunto como quieran, y retirarnos.—¿No opinan ustedes así?—continuó dirigiéndose á Cibo y Pietrapertosa, que no respondieron directamente.

—Cierto que el caso es difícil—dijo uno.

—Sin embargo, hay precedentes—insinuó el otro.

—Sí.—añadió Cibo,—los dos duelos sucesivos de Henry de Péne.

—Lo que da autoridad al caso —concluyó Pietrapertosa.

—No hay autoridad que valga —exclamó de nuevo Montfanón.—Por mi parte sé que no he venido aquí para asistir á una carnicería, y que no asistiré. Yo me marchó, señores, y sospecho que ustedes harán lo mismo, pues no creo que irán ustedes á buscar los cocheros para que sean testigos. Adiós, Dorsenne. No dude usted de mi amistad. Creo dar á usted una prueba verdadera de ella, no permitiendo que usted se bata en tales condiciones.

Cuando el viejo gentilhomme entró en la posada, esperó diez minutos, persuadido de que su partida determinaría la de Cibo y Pietrapertosa, y que el asunto se ventilaría al día siguiente. No había mentido. Su viva amistad por Julián era la que le había hecho rechazar un duelo organizado bajo un justo furor. La incalificable violencia de Gorka no permitía ciertamente evitar aquel segundo encuentro; pero cuanto más ultrajoso había sido el insulto, más importaba que las condiciones del combate fuesen fijadas friamente y tras severa discusión. Para engañar su impaciencia hasta ver reaparecer á los cuatro jóvenes, Montfanón preguntó al posadero dónde había sido llevado Florent, y subió al primer piso de la casa, á la estrecha habitación donde el médico acababa de curar al herido.

—Vea usted—dijo este último, con sonrisa de su-

frimiento, pero tranquila.—Tendré para un mes. ¿Y Dorsenne?

—Espero que venga —respondió Montfanón, que añadió con su mal humor exasperado:—Dorsenne es un loco y Gorka un bestia feroz, que será preciso matar como á un lobo rabioso.

Y contó lo sucedido, á los dos hombres, tan estu-



pefactos, que el doctor se detuvo en su cura con la venda en la mano.

—Y quieren batirse en seguida como dos pieles rojas. Y ese Cibo y ese Pietrapertosa hubieran consentido en el duelo si yo no hubiera dado el alto. Felizmente les faltan dos testigos, que no es fácil encontrar en la campiña romana, dos valientes testigos que sepan firmar un acta, puesto que es el sistema de hoy en día. Uno de mis amigos y yo hemos tenido

testigos de esta clase; á veinte francos la pieza. Pero era en París en el 62.

Y habló de aquel lejano caso, para engañar una inquietud que estalló de nuevo, en palabras entrecortadas.

—Parece que no se deciden á separarse. No es, sin embargo, posible que se batan. ¿Se les podrá ver desde aquí?

Y se aproximó á la ventana, que se abría, en efecto, sobre el cercado.

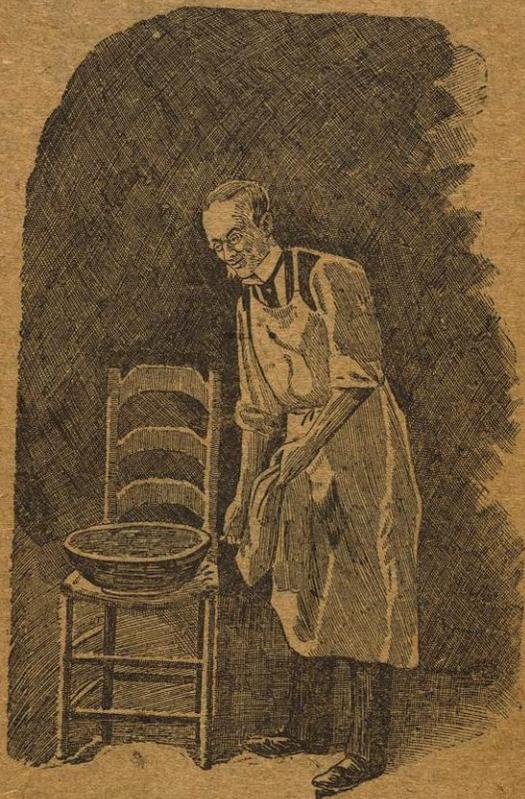
El espectáculo que se presentó á sus ojos, llevó al último grado la agitación del excelente hombre, que gritó:

—¡Desdichados! ¡Pero eso es una monstruosidad! ¡Todos están locos! Han encontrado testigos. Esos dos cazadores de abajo. ¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

No pudo continuar. El médico también se había precipitado á la ventana para ver lo que iba á pasar, sin advertir que Florent se arrastraba á su lado. ¿Permanecieron allí unos minutos, un cuarto de hora ó más tiempo? Jamás se pudieron dar cuenta de ello, tanto les paralizó el terror. Como Montfanón había presentado, las condiciones del duelo eran terribles, pues Pietrapertosa, que parecía dirigir el combate, después de haber medido un espacio de unos cincuenta pasos, se disponía á trazar en medio dos líneas, distante una de otra, diez ó doce metros apenas.

—Han escogido un duelo avanzando....—gimió Montfanón, á quien su convencimiento en la materia no engañaba.—Una vez puestos frente á frente Dorsenne y Gorka, avanzan en efecto, ya levantando, ya bajando su arma con la lentitud de dos adversarios

dispuestos á no errar. Partió un primer tiro. Era el de Boleslas. Dorsenne no fué tocado... Faltaban todavía algunos pasos para llegar al límite, y él los dió, deteniéndose para apuntar al otro, con tan evidente intención de matarle, que se oyó distintamente gritar á Cibo:



—¡Pero tire usted... por Dios! Tire usted.
Julián apretó el gatillo como si hubiese obedecido

instintivamente á aquella orden incorrecta, pero demasiado natural para ser notada. El tiro salió, y los tres espectadores de la ventana lanzaron una exclamación simultánea, viendo bajarse el brazo de Gorka, dejando escapar la pistola de su mano, sin que el hombre cayese.

—No es nada—exclamó el médico.—Un brazo roto.

—Dios ha sido con nosotros mejor de lo que merecíamos—dijo el Marqués.

—He ahí en reposo á ese furioso. ¡Bien, Dorsenne,—dijo Florent que pensaba en su cuñado, y que añadió con alegría, apoyándose en Montfanón y en el médico, para volver al canapé:—Acabe usted pronto, doctor. Se va á tener necesidad de usted en seguida abajo.



III

ALBA LUMINOSA.

El cirujano había diagnosticado bien. La bala de Dorsenne había herido á Gorka por encima del puño. Dos centímetros más á derecha ó izquierda, y sin duda Boleslas hubiera muerto del golpe. Tenía una fractura del antebrazo que iba á obligarle á permanecer algunos días en su cuarto, condenándole después, durante algunas semanas al fastidio de un aparato. Esta benigna solución era la que aquel hombre, apasionado hasta el furor, debía aborrecer más. Cuando se le llevó á su casa, y su médico, llamado á toda prisa, le hizo una cura definitiva, prescribiéndole para las primeras horas de la fiebre el lecho y el reposo, sintió una nueva crisis de rabia impotente, más fuerte que las de la víspera y la mañana. Todas las partes más sensibles de su alma, las más altas, y las más mezquinas, sangraban á la vez, haciéndole sufrir además de su brazo. Estaba herido en su amor propio, en aquella necesidad casi enfermiza, y por otra parte justificada, de figurar á la vista de los que le conocían.